LAS REGLAS DEL INTERCAMBIO

MODELO DE AFRONTAMIENTO ANTE LA DESAPARICIÓN DE UN SER QUERIDO

> Qué razones puede tener un hombre para desaparecer, qué le motiva a buscar la ausencia y, sobre todo, cómo la consigue.
>
> *Gastón Tévez o la voluntad de marcharse*
> Eduardo Ruíz Sosa

Anna le preparaba las tostadas para el desayuno porque estaba convencida de que regresaría cualquier mañana, temprano, como si nunca se hubiera ido. Ponía la tetera a hervir, exprimía las naranjas, untaba el pan con mantequilla y lo cubría con virutas de chocolate. Una forma de evocar aquella tarde diáfana, de finales de mayo, en la que lo vio por última vez. Camisa de cuadros, pantalón tejano ajustado, las Martens negras, el tupé bien definido, como si no pasara ocho horas al día debajo de los motores, revisando niveles, ajustando piezas. Eran una pareja normal. Lo éramos, ¿no, Frank?

Ese martes, ella salió del trabajo con puntualidad y tomó el bus de las 16:40. Tras las ocho paradas se apeó frente a la estación de tren, cruzó por el subterráneo a la parte posterior de las vías, caminó las dos calles que distaban hasta su casa, sacó tres cartas que había dentro del buzón junto a varios folletos de publicidad de comida rápida, las dejó sobre la consola, colgó el bolso del perchero y, una vez duchada, se puso a cortar las verduras para la cena. Frank llegaría en media hora. Les gustaba cenar pronto para salir después a tomar una copa o dar un paseo. Como era su costumbre, Frank llegó puntual. Desde la ventana, Anna vio cómo dejaba la bicicleta bajo la marquesina y le ataba el candado. Cuando oyó el ruido de la llave en la cerradura seguido del crujido del parqué en mal estado —algún día lo arreglarían—, esperó el golpe seco de la puerta al cerrarse, pero al no oír el golpe, pensó que Frank no venía solo. Prestó atención un instante, por si oía a alguien más. ¿Frank? Su marido no contestó. Extrañada, dejó el cuchillo encima del mármol, cogió un paño seco y se acercó hasta el recibidor. La puerta de la calle seguía entreabierta. ¿Estás bien, Frank? Le extrañó que no la hubiera cerrado. Una leve brisa la batía, a través de ella vio al señor Rudjaard que pasaba por delante con la pequeña Lisi. Anna se secaba las manos en el paño y miraba a su marido, absorto con una de las cartas. ¿Pasa algo? No, nada. Anna se acercó hasta la puerta para cerrarla, se asomó, echó un vistazo a ambos lados y

miró al cielo. Ni una sola nube. El sol estaba todavía alto; la temperatura seguía por encima de los veinte grados. A su izquierda, el señor Rudjaard se alejaba con su caminar despacioso, encorvado hacia atrás para compensar el peso de la gran barriga. Lo seguía el pequeño bichón maltés con pasos cortos y chisposos. Después de que Anna hubiera cerrado la puerta, Frank dejó la carta encima de la cómoda, se quitó la chaqueta, la colgó al lado del bolso de Anna y la siguió hasta la cocina. Se preguntaron qué tal habían pasado el día y ella le propuso salir a dar un paseo antes de acostarse. Al no mostrar interés, le preguntó si había fútbol esa noche. No, creo que no, contestó él. Anna le contó que a mediodía había aprovechado la media hora del almuerzo para ir a pagar los billetes. Aprovecharían el largo fin de semana de mediados de junio para pasear por Barcelona y comer paella. Frank sacó una cerveza de la nevera, se sentó a la mesa y abrió la lata. Anna ya había pelado y laminado las zanahorias, cortado en juliana la cebolla, lavado los tomates — siempre los pelaba y cortaba en último lugar— y se disponía a sacar los pepinos de la nevera cuando se dio cuenta de que no quedaban. ¿No compraste pepinos el sábado, Frank? Él, que en ese instante le daba un nuevo trago a la Heineken, ingirió con premura el líquido y miró en el interior de su cabeza antes de encogerse de hombros. No queda ni uno, se lamentó ella. No importa, dijo él, pero Anna hizo un mohín de disgusto, suficiente para que se ofreciera a ir a comprar-

los. Agotó la lata y le dijo que no tardaría. ¿Seguro que no te importa? Claro que no. Ella le ofreció media sonrisa, sacó los huevos del agua hirviendo y los puso a enfriar.

¿A dónde fue?, le preguntó el policía dos días más tarde. Estábamos preparando una ensalada y no había pepinos, a mí me gustan mucho los pepinos en la ensalada y él se ofreció a ir a comprarlos. ¿Así que fue a buscar pepinos? El policía, negro, una inmensa mole de aparente bondad, hablaba tranquilo, como si en realidad no diera demasiada importancia a los hechos, pese a que Frank llevaba dos días sin aparecer. El móvil había dejado de dar tono de llamada a las once de la noche, o serían las once y media, le dijo al policía, y eso hizo que empezara a preocuparme de veras.

¿Notó algo extraño? Que no hubiera cogido la bici. Pensé que tendría ganas de caminar un rato, de pasear para airearse; pasaba demasiadas horas agachado en posturas exigentes, bajo los motores, oliendo a grasa. Al cabo de cuarenta minutos, cuando ya debía de haber vuelto, pensó que habría demasiada gente en el supermercado, o que, una vez allí, por pura inercia, había decidido ampliar la lista, debió de acordarse de que hacía falta mermelada para el desayuno o té de almendras. Ella ya había lavado y cortado el resto de verduras, las había mezclado en un bol junto con los huevos duros, los frutos secos, las semillas de calabaza, el sésamo, el germinado de alfalfa y se había sentado a esperar.

Cumplida la segunda hora, tras varias llamadas infructuosas, estuvo tentada de salir a buscarlo, pero lo descartó convencida de que se habría entretenido con alguien. Una vez se encontró a Julio, un chico español que había abierto un restaurante de tapas y habían hablado un buen rato, pese a que Frank no era dado a la conversación. De hecho, en casa permanecía callado la mayor parte del tiempo, templado, con la mirada serena, frente al televisor, sin importarle qué programa emitieran. Se sentaba con una cerveza y seguía viendo lo que ya estuviera sintonizado, noticias o un magazín de cotilleo, parecía interesarle cualquier cosa en la misma medida en que no le interesaba ninguna. Jamás hacía comentarios sobre lo que veía y si ella, por curiosidad, le preguntaba, se encogía de hombros, como si ya no se acordara de lo que hubiera visto, como si hubiera permanecido atento, pero sin registro. Hablan de muchas cosas, le decía, no importa.

¿Algo raro? No. Aparte de lo de la bici, ya se lo he dicho. ¿A qué se refiere? El policía que formalizaba la denuncia insistía, le había preguntado de diferentes maneras si habían discutido, si él se había marchado malhumorado o disgustado, o si ya se había ausentado en otras ocasiones, si tenía problemas en el trabajo, si bebía o si tomaba drogas, si había notado ella algo diferente en los últimos días, en las últimas semanas o meses que pudiera relacionar con la supuesta desaparición —también insistía en subrayar la palabra «supuesta», como si

no la diera por consumada, pese a que llevaba ausente 48 horas de su domicilio—.

En la tercera hora, cuando ya faltaban escasos veinte minutos para que cerraran el C1000, en vista de que Frank no volvía y de que tampoco respondía a las múltiples llamadas, ¿cuántas había hecho, doce, veinte?, Anna cogió la bicicleta y en menos de cuatro minutos se plantó frente a las puertas del súper. Ya no la dejaron entrar. Falta poco para el cierre, señorita, lo siento, ya no se puede acceder al local. El de seguridad fue contundente, tampoco la escuchó cuando quiso explicarle que no quería comprar nada, solo saber si su marido aún estaba en el interior. Lo siento, no puede entrar; por favor, no insista. Estaba convencida de que estaría dentro, habría sufrido un desmayo, no se habría sentido bien y estaría tirado en el lavabo, con la cabeza sangrante tras el golpe, ¿dónde si no?, o todavía distraído en los pasillos, ausente del tiempo, como si no hubieran transcurrido ya casi tres horas desde que había salido de casa. En la acera de enfrente, alejada de la mirada coercitiva del vigilante, aguardó a que salieran del supermercado los últimos clientes, con la expectativa de verlo aparecer con la bolsa de pepinos en la mano, serio, sosegado, despreocupado, envuelto en ese aire de abatimiento existencial, los hombros encogidos, la exigua delgadez, los pasos ingrávidos. ¿Cuánto tiempo lo esperó? ¿Qué pensó en ese rato? No lo sabe, solo que estuvo pendiente de la puerta, como un perro

quejumbroso al que han dejado atado y no concibe, ahogado en quejidos lastimeros, que la impuesta exclusión será corta. Bajo las miradas furtivas del guarda, se quedó en blanco hasta que cerraron las persianas del establecimiento y apagaron las luces. El guarda se quedó dentro, junto a las cajeras, reponedoras y el resto del personal, a los que media hora más tarde oyó en la parte contigua, cuando cayó en la cuenta de que salían por la puerta del almacén. Tampoco estaba Frank con ellos, ni nadie se le acercó pese a las miradas de curiosidad, recelo, o de cierta burla: a saber qué les habría dicho el vigilante.

Antes de volver a casa, deambuló por todo Delft en su busca, recorrió las calles empedradas con un pedalear pausado. Se detenía en mitad de los puentes, escrutaba ambos lados de los canales como un perro de las praderas y en seguida aceleraba como impulsada por un resorte, como si una convicción la impulsara hacia un lugar en el que lo encontraría aún con la bolsa de pepinos en la mano. ¿Había llegado a entrar al supermercado? Cuando volvió de la infructuosa búsqueda eran más de la diez y media. Nada más entrar, en el silencio de la casa vacía, le pareció que la lama del parqué crujía con menor intensidad, o que el sonido, seco, hosco al contacto con las pisadas, se había vuelto blando, acuoso. Presionó la lama de varias maneras, para asegurarse, y con cada una de ellas el quejido se amortiguaba, hasta casi dejar de percibirlo. No pudo evitar ponerse en lo peor. ¿Dónde podía estar?

¿Qué había pasado? ¡Por Dios! Un puñado de lombrices se retorcía en su estómago, algunas le alcanzaban la garganta. Puso la televisión en el canal local de noticias. Sintonizó una producción de vídeo barata, mal iluminada, que emitía entrevistas a tenderos del mercado local. Tampoco la radio pronunció ningún comunicado ni alertaba de incidente destacable, a saber: una reyerta, un robo o un atraco, un incendio en una casa a la que Frank se habría prestado a ayudar si hubiera sido necesario. Nada. Inquieta, hecha un azogue, recorrió la casa hasta que cayó en la cuenta de que no había orinado desde las cinco de la tarde, antes de empezar a preparar la cena. Sentada en la taza el inodoro excretó el chorro caliente a la vez que se le anegaban los ojos.

Cuando ya no pudo más con la carcoma que la devoraba, llamó a la policía sin estar segura de si debía o no alertar ya del retraso. Se sintió por lo pronto avergonzada, solo de pensarlo le daba grima: mi marido hace cinco horas que salió a buscar pepinos y todavía no ha vuelto. Le parecía un chiste. Antes de descolgar el teléfono, para no parecer una histérica desquiciada, ensayó en voz alta lo que diría hasta que en un arrebato, se decidió a llamar. Prefirió hacerlo desde el fijo para que pudieran verificar la llamada, si era necesario. ¿Pepinos? A ella también le afloró la risa, media carcajada incluso, le resultó extraña la palabra, más rara incluso en la voz del agente que la atendía por teléfono, este la pronunció

como un actor de teatro en pleno acto. Bueno, sí, fue al supermercado a eso de las seis de la tarde y no ha regresado aún. A ver, señora, su marido volverá en un rato. Se habrá retrasado, no se preocupe, señora, insistió ante el llanto. ¿Había empezado a llorar? Le tomó los datos, los de él, los de ella: nombre, dirección, teléfono. Si por la mañana no ha regresado, llame de nuevo. De todas formas, avisaré a las patrullas, nos pondremos en contacto si tenemos noticias. No se preocupe, insistió.

Tras colgar, se sentó a la mesa. La lata de cerveza había quedado aún con un fondo, que apuró por inercia. A su lado, la ensalada sin pepinos pedía un rescate. Las hojas de canónigos habían empezado a reblandecerse, toda ella había perdido frescura, pese a que no la había aderezado ni con aceite ni salsa de yogur; lo habría hecho con esta última si Frank hubiera llegado a tiempo con los pepinos, pero no había vuelto, por lo que la ensalada se había desinflado con las horas, como un suflé de días, sin vigor ni espesura. Pensó en arrojarla al cubo de la basura pero cuando se disponía a pisar el pedal, rectificó. Con la mirada perdida, recostada contra el mármol de la cocina, miró hacia la mesa. Con los dos platos todavía dispuestos, trataba de evocar alguna señal, algún indicio que pudiera explicar lo absurdo de la situación. Necesitaba hablar con alguien, pero tampoco podía llamar a nadie a quien contarle lo sucedido, a quien preguntar, alguien con quien compartir su angustia. Tomó por primera vez concien-